

las ataduras del amor, ni le molestan nuestras prisiones. Todas las demás cosas nuestras que le agradan, le agradan en virtud de ésta. Todos los males que sufrió y beneficios que nos hizo, por esto lo sufrió é hizo. Y así, cuanto más fuertes y más estrechas fueren estas ataduras del amor, tanto le son más aceptas. Y siendo esto cierto, Dios de mi alma, veisme aquí rendido á vuestra voluntad: prendedme, cautivadme, y atadme con las cadenas de vuestra infinita caridad: no quiero más aquella mala libertad que me ha hecho esclavo del demonio y me ha traído á comer bellotas, como los puercos, perdida toda mi substancia, sino la servidumbre libre, que sólo se halla en vuestra Ley y Mandamientos de amor. Cautivadme para que os captive, prendedme para que os prenda, llegaos á mí para que me llegue á Vos lo que durase esta vida, y después en la eternidad. Amén.



CAPÍTULO XI

DE CÓMO LUCHANDO EL ALMA CON DIOS LE HIRIÓ,
LO CUAL SABEMOS POR CONFESIÓN SUYA

HABLANDO el divino Esposo con el alma, su esposa, en los *Cantares*, le dice (1): *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa mía; heriste mi corazón en uno de tus ojos y en un cabello de tu cuello.* Palabras breves del Verbo abreviado, pero llenas de suavidad celestial y divina; breves en las letras y sílabas, mas no en las sentencias y misterios soberanos; todos las oímos, mas no todos las entendemos, sino aquellos solos á los cuales es dado conocer los misterios del Reino de Dios.

Esta querella nos obliga á cuatro cosas que parecen y son dignas de mucha consideración. La primera es saber quién es el que aquí se queja y se confiesa estar herido. La segunda, en dónde tiene la herida. La tercera, quién le hirio.

(1) *Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa. Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui.*—C. C., 4.

La cuarta, el instrumento con qué. Cuanto á lo primero, el herido es Dios. Cuanto á lo segundo, la herida es en el corazón. Cuanto á lo tercero, quien le hirió es el alma, esposa y hermana suya. Cuanto á lo cuarto, con lo que le hirió fué con un ojo de su cara y con un cabello de su cabeza. ¿Qué cosa de éstas no es admirable? ¿Cuál no pide consideración y atención? ¿Dios herido, y por una criatura, y en el corazón, y con un ojo y un cabello? Está atenta, ánima mía, y mira cómo es posible que aquel impasible é inmortal Dios, de quien dijo el Profeta: *no habrá mal que á vos se os atreva, ni llegará á vuestra morada ningún azote*, esté llagado y herido, no de cualquier herida, sino peligrosa y de muerte, porque la tiene en el corazón, que es domicilio y asiento de la vida; y esto no por algún ángel ó arcángel, sino por un alma racional que mora en un cuerpo de barro; no con espada ni saeta, ni tiro de artillería, sino con sólo un ojo de su cara y con un cabello de su cabeza. Herísteme, dice, hermana y esposa mía, herísteme en uno de tus ojos y en un cabello de tu cuello. A lo que estas palabras suenan, el Esposo está enamorado, y la herida es de amor, y amando le hirió su esposa con un mirar suave y amoroso; porque, á no ser este lenguaje de amor, no se puede entender cómo Dios esté herido, siendo impassible é inmortal. Por lo cual ruego á los que de esta materia y ciencia de amor saben poco, que no lean este mi tratado,

pues el que amare poco entenderá poco, y el que mucho, mucho; y el que del todo no supiere amor, nada. Tiene sus propios y especiales términos el amor, los cuales no entienden sino los que aman. Divinamente lo dijo San Bernardo (1): «En balde se allega á oír ó leer las églogas y canciones de amor el que no ama; porque de todo en todo es incapaz de sus palabras encendidas el pecho helado. ¿Cómo ha de entender al que habla griego el que nunca supo griego? Así la lengua del amor, al que no ama, será bárbara, ó como campana ó pandero que suenan y no se entiende lo que dicen». Cosa dulcísima es por cierto tratar del amor, como lo es tratar de la vida; y ¿qué es el amor (bueno digo) sino vida del alma? San Juan dijo: «Quien no tiene amor, no tiene vida» (2).

Es materia la del amor tan copiosa y sabrosa, que en ninguna manera puede engendrar hastío á los oyentes, ni faltar que decir al que con amor de ella escribe. Lo que con amor se guisa, siempre fué de buen gusto al paladar sano. No tiene precio el amor, dice el Sabio: todo el oro del mundo, en su comparación, es como un pequeñuelo grano de arena del mar, y todas las

(1) Frustra ad audiendum, legendumve amoris carmen qui non amat accedit, quoniam omnino non potest capere ignitum eloquium, frigidum pectus. — Bern., serm. 64 super Joan. — Sic lingua amoris ei qui non amat barbara erit, sicut res sonans, aut cymbalum tinniens.

(2) Qui non diligit manet in morte. — I Joan., 3.

cosas que se pueden desear no tienen que ver con él (1). Si diere el hombre toda su hacienda y caudal por el amor, haga cuenta que no dió nada. Grandes son las fuerzas del amor, su virtud admirable, sus grados muchos y diferentes, sobre todos los cuales tiene su asiento aquel ardentísimo y fervoroso amor que penetra el corazón, inflama la voluntad, y de tal suerte se apodera del alma, que con toda verdad puede decir con el Esposo: herísteme con tu amor, y enredásteme con tus cabellos. Elegantísimamente declaró por cierto en estas palabras el divino Esposo la naturaleza del amor, confesando estar herido del mirar de su esposa. En el hebreo hay un verbo que encarece más el sentimiento del Esposo; porque por *vulnerare*, que significa herir, está *excordare* ó *fascinare*, que significa descorazonar ó hechizar; y en esta significación, lo que quiere decir Dios al alma es que le tiene robado ó hechizado el corazón. Y ¿qué es el amor, dice Séneca, sino un encantamiento poderosísimo y hechizos que sacan de sí al que ama? Estos hechizos entran de ordinario por los ojos, como por ventanas del alma, y llagan y roban el corazón.

El ojo por que puede ver y ser visto, se suele llamar *illex* ó *index*, añagaza y testigo del amor interior y secreto. Quiero decir, que atrae y roba, y da señal de lo que hay en el corazón.

(1) Sap., 7.—Prov., 6.

Con su hermosura provoca y atrae, y con su secreta significación declara. Así dijo una vez el Esposo á su esposa, que con estos ojos robadores y encantadores le miraba (1): *Aparta tus ojos de Mí, que ellos me han hecho volar y ausentarme de ti*. Muchos filósofos trabajaron y se desvelaron por investigar las condiciones y propiedades del amor; pero ningunos acertaron tanto como los platónicos y pitagóricos. Estos afirmaron que, entre todos los sentidos y partes del cuerpo humano, ninguna cosa hay tan poderosa, así para recibir la fuerza del amor como para infundirla, como los ojos, porque con ellos herimos á otros, y somos de ellos también heridos, y así dijeron ser importantísima la guarda de este sentido para no incurrir en las enfermedades del amor y escapar de su pestilencial rabia y furor. «Concertéme con mis ojos, dice Job, que jamás se abriesen para mirar á ninguna doncella, por que no me pusiesen en ocasión de pensar en ella y codiciarla» (2). Oigan esto los que lo deshollinan todo y no son tan santos como Job, y miren que muchos, inconsideradamente, alzaron los ojos libres y los bajaron cautivos y el corazón robado. Siendo, pues, así que los ojos son las puertas por do lleva la pasión sus quejas al alma, ¿qué

(1) Averte oculos tuos a me, quia ipsi me avolare fecerunt.—Cant., 6.

(2) Pepigi fœdus cum oculis meis, ut nec cogitarem quem dem de virgine.—Job, 31.

palabras ó qué razones se pudieran imaginar con que mejor se declarara la fuerza y tiranía del amor, que las que el Esposo dice á su esposa? *Aparta tus ojos de Mí, si no quieres enajenarme de Mí.* Pues, Dios mío, ¿tanta pena os da vuestra esposa con su mirar, que la amenazáis con la huída y la ausencia si no quita de Vos los ojos? Natural cosa es, y experimentada de muchos, que los que ardentemente aman temen el aspecto y la agudeza de los ojos de la persona amada, y con un gran temor la reverencian y acatan, lo cual sucede aun á los varones fuertes y sabios, que padecen temores y espantos en presencia de sus inferiores, si (como digo) con vehemencia y verdad los aman. Y la razón es, porque aquello que los quebranta, ocupa y hace estremecerse, no es humano, sino una representación y centella de la hermosura divina, la cual resplandece, y ellos contemplan, en las racionales criaturas. De donde suele acontecer que los enamorados se estremecen, reverencian y acatan las cosas que aman, aunque inferiores ó iguales á ellos. De aquí es que el Esposo celestial, como si fuera un hombre particular que ardentísimamente amara á su esposa, como apretado y compelido de un gran temor, le ruega que no le mire y que aparte de él sus ojos. Como si dijera: las mismas cosas padezco yo que suelen padecer los muy enamorados, porque ni soy mío, ni estoy en Mí; hasme robado el corazón y dádome hechizos. ¡Oh gran fuerza

la del amor, pues tan al descubierto triunfa de Dios!

Algunos filósofos dijeron que el amor era cierto género de enfermedad que principalmente se apodera del corazón y lo inficiona. Estos ponían dos maneras de locura: una del cerebro, otra del corazón, según dos opiniones; una que dice que el asiento del alma es el cerebro, otra que es el corazón. El principio y el fundamento de la primera afirmación es la cólera adusta y requemada: empero cuando aquel humor que fatiga el cerebro y hace desvariar se retiene en el corazón, engendra angustias, congojas y desasosiegos, y algunas veces muerte, y es hecho el amante cuasi amente, esto es, loco. ¡Oh, qué afligidos, qué solícitos y sin sosiego andan los que violentamente aman! Ovidio lo dijo tratando del amor mundano (1): *Es el amor una cosa llena de temor solícito y desasosegado.* ¿Quién no dirá que estaba tocado de esta enfermedad aquel que, hablando con su esposa, le dice (2): *Ponme como sello sobre tu corazón y sobre tu brazo?* En el capítulo sexto le ha dicho que no le mire, que quite los ojos de Él, porque le roba el corazón; ahora le dice que le ponga como sello sobre su corazón y sobre su brazo, y que no se olvide de Él un solo punto ni momento, que le mire siem-

(1) Res est sollicita plena timoris amor.

(2) Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum.—*Cant.*, 8.

pre como á blanco y no aparte de Él los ojos. Muchos interpretan estas palabras del Esposo de muchas maneras, y quien más tiene del divino amor las entiende é interpreta mejor, porque son de Dios enamorado. A mí me cuadra mucho la exposición de aquellos que no dicen: ponme como blanco, sino ponme por sello, que es lo que propiamente significa *signaculum*.

Aun de Lucifer se escribe: *Tú, que eras sello en que estaba estampada la imagen de Dios, perfecto en toda hermosura* (1). Siguiendo, pues, este parecer, hace dos sentidos esta sentencia: «Ponme como sello sobre tu corazón y sobre tu brazo». El primero es, que como solemos sellar las cosas que queremos que vayan con secreto, y nadie sino aquel á quien se le dirigen tiene licencia de verlas, así el ánima, todos sus deseos, sus pensamientos, sus intenciones, amor y deleite, á sólo el Esposo lo ha de dedicar, y Él sólo lo ha de saber; como si dijera el Esposo: No me has de tener encubierta cosa ninguna. El segundo sentido, y mejor, es que pide el Esposo al ánima su esposa que le ponga como sello sobre su corazón y sobre su brazo; esto es, que ninguna cosa se imprima en ella interior ni exteriormente si no fuere el que le traiga estampado y retratado al vivo en el alma y en el cuerpo, que conforme á él sus acciones interiores y

(1) Tu signaculum similitudinis, perfectum decore. — Ez., 28.

exteriores de manera que quien la viere conozca por ella el valor de su Esposo, al cual debe imitar en la humildad, mansedumbre, pureza, inocencia, paz, paciencia, y al fin en todas las virtudes de que su Esposo Cristo es adornado. Así decía San Pablo á los de Corinto, que seguían sus pisadas y le imitaban en todo: *Vosotros me traéis estampado y me representáis al vivo* (1). Pero ¿no bastaba que dijera en el corazón ó en el brazo? No. Porque, así como Dios, Autor de naturaleza prudentísimo, instituyó que la vida trajese su origen del corazón, y quiso que aquella perpetua palpación, con su agitación, movimiento y pulso diese muestra y señal cierta á los médicos peritos de la salud ó enfermedad del animal, y esto respondiendo al movimiento interior y secreto el pulso de la arteria en el brazo, así el Esposo celestial, Autor clementísimo de la vida que ha de durar para siempre, puso en nuestros corazones la caridad y el amor suyo como una agitación perpetua del hombre interior y un impulso del Espíritu Santo, que da testimonio que somos hijos de Dios, y que por su beneficio y gracia, libres del pecado, tenemos salud. A este impulso del Espíritu Santo y del amor divino responde otro movimiento y pulso en las obras exteriores, por el cual los médicos espirituales juzgan de nuestra salud espiritual,

(1) Signaculum similitudinis vos estis in domino. — I Cor., 9.

si no con infalibilidad, á lo menos con alguna probabilidad.

Dijo divinamente San Gregorio: «El amor nunca está ocioso, y si es amor obra grandes cosas; es su pulsación vehemente como de gran calentura, y si no quiere obrar no es amor» (1). Claro está que, en faltando el pulso, ó se acaba la vida ó está cerca de acabarse.

San Buenaventura (2) hace tres diferencias de amor: uno niño, otro mancebo, otro varón perfecto; y dice con San Bernardo, que los golpes y pulsaciones del niño principalmente son cinco: el primero es dolor de los pecados cometidos. Y tiene razón, porque la caridad y la culpa mortal son opuestos, y por consiguiente no pueden estar juntamente en una misma voluntad; y así, cuando la caridad está en la voluntad, forzosamente destierra el pecado por el dolor de la contrición. El segundo golpe es un firme y grande propósito de huir de los pecados con efecto. El cual propósito no puede tener mucho tiempo sin la gracia ó caridad, que á esto le ayuden. El tercero es deleitarse en oír la palabra de Dios y hablar con gusto de ella. No puede uno amar y no hablar de aquello que ama, ó buscar quien le hable de ello (3). El cuarto

(1) Amor Dei nunquam est otiosus; operatur enim magna si est; si autem operari renuit, amor non est.—Greg., 1.

(2) Bonav. in *Itinerib. æternitatis*.

(3) Chrysost. Mos amantium est, ut amorem suum silentio tegere non queant.

golpe es prontitud en el bien obrar, una facilidad grande para correr por los mandamientos de Dios. San Agustín decía que los trabajos de los que aman en ninguna manera se han de decir pesados, porque deleitan como los de los cazadores, pescadores y monteros; porque en aquello que se ama, ó no se trabaja, ó se ama el trabajo, pues el amor quita toda dificultad y hace que poco ó nada se sienta. San Ambrosio, libro *De similitudinibus*, añadió la quinta pulsación, y dijo que era tristeza del daño espiritual del prójimo, y gozo de su aprovechamiento. Y da la razón San Buenaventura, diciendo que el amor, según sentencia de San Dionisio, es virtud unitiva y tiene por oficio derretir todas las cosas y juntarlas en uno, para que se unan entre sí.

Esta fundición y ayuntamiento unitivo impídela el defecto de las cosas espirituales, y perfecciónala y acábala el aprovechamiento; y por tanto, cuando el amor se aposenta en el alma, hace que nos entristezcamos de lo uno y nos holguemos de lo otro.

Los golpes del amor *mancebo* y aprovechado son también cinco. El primero es frecuente y justa examinación de la conciencia, no sólo cuanto á las culpas mortales, sino cuanto á las veniales. Y es la razón divina de San Buenaventura, el cual dice que, así como la caridad se opone á la culpa mortal y la destierra, así se opone el fervor de la caridad á la culpa venial

y la expele y lanza del ánima, por que no desagrada al Espíritu Santo, que, entrando en ella, visita todas sus oficinas y las limpia. A este propósito dice San Bernardo: «El Espíritu Santo amonesta, mueve y enseña. Amonesta á la memoria, mueve la voluntad, enseña la razón, y no consiente en el alma que él posee ni una mínima mota de pecado, porque luego, con el fuego de la sutilísima circunspección y examen, la quema y abrasa». El segundo golpe es disminución de la concupiscencia; pues, como dice San Agustín: «Disminuye la concupiscencia y codicia de todas las cosas de este mundo, creciendo la caridad; allí reina la codicia donde la caridad falta; y entonces reina la codicia cuando destierra del alma el deseo de la verdad y del bien». El tercero pulso es ejercicio vital de los sentidos interiores; pues como el ejercicio de los miembros y sentidos exteriores es señal de la vida corporal y animal, así el ejercicio de los interiores es indicio manifiesto de la vida espiritual. Pero de dónde tienen vida los sentidos interiores, y cómo y cuáles son, declaró Hugo, *De Araha animæ*, admirablemente; y allí lo podrán ver los curiosos, pues aquí basta saber que quien informa las virtudes y los sentidos del alma es la caridad, y ella ordena todas las cosas al Fin sobrenatural, que es Dios. La cuarta pulsación es una estudiosa observancia de la Ley de Dios, la cual no se puede hacer sin la caridad, que lo puede todo. El quinto golpe

es manifestación de los secretos divinos. Si Dios os habla al corazón y os comunica sus secretos, señal es que es vuestro Amigo y vos suyo. Y para prueba de esto, dice Ricardo, basta ver lo que dijo Cristo á sus Apóstoles: «No os tengo ya de llamar siervos, sino amigos, pues los secretos que oí de mi Padre os los he revelado» (1). Al fin, de la grandeza del amor divino pende el modo y medida de las divinas revelaciones; y, para conocer lo poco que medramos en el amor, no hay que mirar más que á la poca confianza que Dios hace de nosotros en levantarnos á los excesos mentales y manifestarnos los secretos de su Casa y Reino.

Veamos ya el pulso del amor *perfecto* qué golpes tiene, y cómo declara su perfección; no hablo de la perfección de la patria, sino de la de los que vamos aún de camino. Y dejadas aparte las señales interiores, de que haremos mención adelante, y tratando de las exteriores (pues seguimos estilo de médicos, que de los golpes de la arteria en el brazo juzgan de lo que no se parece y está secreto en el cuerpo), decimos que el amor perfecto tiene cinco ordenados golpes, que con los pasados hacen quince, como quince gradas para subir y llegar al tabernáculo y morada del Dios de Jacob. El primer golpe es, si estáis aparejado y dispuesto para morir por la

(1) Jam non dicam vos servos, sed amicos, quia omnia quæcumque audivi a Patre meo nota feci vobis.—Joan., 15.

salud espiritual de vuestro prójimo. La razón da San Agustín, diciendo (1): «No basta la caridad de los principiantes, ni aun de los que van aprovechando, para cumplir los grandes mandamientos, cuales son morir por Cristo y por nuestros hermanos». El mismo, sobre la epístola Can. de Santiago, dice: «Aquella es caridad perfecta que me da ánimo y esfuerzo para morir por mi hermano». Y Orígenes (2), sobre aquel lugar de los *Cant.*, 7: *Ascendam in palmam*, dice: «La voluntad de padecer probó que verdaderamente amó, y tanto fué el amor más alto (conviene á saber, en Cristo) cuanto la voluntad de padecer por su Iglesia estaba más pronta y aparejada». El segundo golpe es amar por Cristo á nuestros enemigos y hacerlos bien; lo cual queda bien demostrado en el capítulo VI, tratando de la transformación del amor, que convierte al amante en la voluntad y gusto del amado, y le hace querer lo que quiere, y aborrecer lo que aborrece. Y argumento claro es de amor perfectísimo amar al enemigo. Aun allá (3) en tiempo de Elías, por asegurar Dios que el fuego que quemaba el sacrificio, que en competencia de los sacerdotes de Baal ofreció este profe-

(1) Parva charitas non sufficit ad implenda magna mandata, ut sunt mori pro Christo vel pro fratribus.—Aug., lib. *De gratia, et lib. arb.*

(2) Orígenes, sup. *Cantic.*, 7.

(3) IV Reg., 18.

ta, para que se viese cuál era el Dios verdadero que se había de seguir, era fuego del cielo, dice la Escritura «que quemó la leña, el holocausto, las piedras del altar, y el agua que estaba alrededor la iba lamiendo y consumiendo». No parece que fuera más que fuego natural si quemara la leña; pero cebándose en su contrario, que es el agua, declaró ser del cielo y fortísimo. Así es que el amor que es perfecto y de arriba no se ceba en sólo el amigo y deudo, pariente y bienhechor, sino en su contrario, en el enemigo que me tiene ofendido. El tercero golpe y señal de perfecto amor es sufrir alegremente todas las cosas adversas, y perseverar con paciencia en ellas hasta que se acaben. La razón da San Gregorio (*hom.* 9) sobre aquellas palabras que adelante de propósito declararemos: *fuerte es el amor como la muerte*; «porque como la muerte, dice, mata al cuerpo, así la caridad aparta nuestra ánima del amor de las cosas temporales, y aun, por decir lo cierto, la mata respecto de ellas». Porque la perfecta caridad, cuando se sorbe y traga un alma, déjala como insensible para los deseos terrenos; ni fuera posible perder algún santo la vida corporal por Cristo si no estuviera primero muerto en la mente á todos los deseos terrenos y mundo (1).

Esta espiritual muerte deseaba y pedía mi glo-

(1) Nam mentem quam perfecta charitas absorbuerit, ad terrena foris desideria, velut insensibilem reddit.

rioso Padre San Francisco cuando con gran fervor de espíritu decía (1): «Sorba, trague y aparte, Dios mío, yo os lo suplico, de todas las cosas que hay debajo del cielo, mi ánima, la fuerza meliflua y encendida de vuestro amor, para que por amor vuestro muera, pues por amor de mi amor tuvisteis por bien Vos morir». El cuarto golpe y pulsación es una prontitud y voluntad determinada para dejar por Cristo todas las cosas de este mundo y seguirle, y dice bien que la perfecta caridad atropella y da de mano todo aquello que le es impedimento para libremente hacer su oficio, como se lee del apóstol San Pablo, que juzgó por estiércol lo precioso y codiciado de tantos mundanos por ganar á Cristo. Dijo muy bien San Juan: *El que guarda la palabra de Dios tiene en sí la perfecta caridad* (2). Señal es que tenéis caridad perfecta si guardáis la palabra á Dios, que os manda renunciar á todas las cosas y seguirle. La quinta señal y golpe del pulso del amor perfecto es no temer á nadie fuera de Dios, porque escrito está: *la perfecta caridad destierra el temor*. Esto es lo que dijo Gilberto (3). La caridad del prójimo carece de envidia,

(1) Absorbeat, quæso, Domine, mentem meam ab omnibus quæ sub cælo sunt ignita et meliflua vis amoris tui, ut amore amoris tui moriar, qui amore amoris mei dignatus es mori.

(2) Qui servat verbum Dei, vere in eo charitas Dei perfecta est.—II Joan., 2.

(3) Charitas proximi caret livore, sed charitas Christi caret timore.—Gilbert. Porret. serm. 18 super cat. *Persius*.

y la de Cristo de temor. Es fuerte el amor como la muerte que á nadie teme, sea sabio, sea fuerte, sea noble, sea rico, sea rey, sea emperador ó papa. De la muerte cantó el otro poeta:

*Pallida mors æquo pulsat pede, Pauperum tabernas,
Regumque turres.*

Los antiguos, para significar un hombre implacable y que á nadie perdona, pintaban un hombre de rodillas, las manos puestas pidiendo misericordia, y la muerte contra él arrojándole una saeta con un letrero que dice: *Improbis nullo flectitur obsequio*: es decirnos que la muerte á nadie jamás guardó respeto, ni hay ruegos ni amenazas ni otra alguna industria que nos libren de ella. Pues dice el Esposo á su esposa: *ponme como sello sobre tu corazón*. Y para que se vea que estoy y moro en él, ponme como sello también sobre tu brazo, de manera que anden á una el hombre interior y exterior, como andaban aquellas ruedas de Ezequiel, que juntamente se movían. Y dando la razón por qué pide esto de perfecto enamorado, dice: Porque es fuerte el amor como la muerte. Como si dijera más claro: Si me amas como Yo te amo, no has de amar nada conmigo; que no puede ser grande el amor que admite compañía. Ha de ser mi amor contigo como la muerte con todos, que no deja en ellos rastro ni memoria de la mortal vida. Mi amor ha de ser muerte de todas tus pa-

siones y cuchillo de todos tus deseos carnales, porque no sufro que viva nada tuyo donde Yo vivo. Soy celosísimo, y mis *celos son duros y atormentadores como el infierno* (1); no consiento compañeros en mi amor. El mismo Esposo, hecho hombre, dijo esto bien claro en su Evangelio: «Si alguno se determina de seguirme ha de abandonar padre, madre, mujer, hijos, hacienda, y hasta la propia vida; y, si no, despídase de mi discipulado». Es tanta verdad esto, que si ve que ponéis los ojos en alguna de sus criaturas y los quitáis de Él, no dudará quitar la vida á cualquiera que sea. Si amáis el marido, ó el hijo, ó el padre, ó la hacienda, con detrimento de su amor, os matará el marido, el hijo ó el hermano, y os quitará la hacienda y la salud. Lo cual es todo argumento de su infinito y heroico amor. Y con todo dice que no le miréis, que le haréis huir. Son antojos de aficionados: *mírame, no me miréis*; de donde saco yo que esta querella del Esposo, además de ser amorosa, es más misteriosa de lo que la letra suena, y más de lo que hasta aquí hemos dicho; porque confesar por una parte que está herido (sin negar al alma el nombre de esposa y hermana, y esto con el mirar de un ojo), y por otra mandarle que no le mire y que quite de El los ojos, y juntamente que le tenga en su corazón como sello y en su brazo como memorial perpetuo,

(1) Dura sicut infernus æmulatio.

argumento bien claro es de que hay mirar que desagrada al Esposo y le hace huir y le roba el corazón. Y así veréis que cuando se confiesa herido es con un ojo, y cuando se muestra desdichoso y sañudo es de verse mirar con ambos ojos; de manera que uno le hiere y dos le destierran. ¿No os parece que son dignas de atención y consideración estas cosas? Si fuera un hombre el que dijera herido estoy, robado me tienes el corazón, no había de qué maravillarnos, porque muchos hemos visto heridos, así de Dios como de sus criaturas. Sansón lo estuvo del amor de Dálila, Jacob del amor de Raquel, Siquen del amor de Dina, David del de Bersabé, San Agustín del de Cristo: *sagittaveras* (inquit) *cor meum charitate tua*. Opinión es de San Buenaventura que tuvo llagas, aunque muy secretas. Pero ¿qué más llagado que nuestro Padre San Francisco y San Pablo, que dice: *Yo traigo las llagas de mi Señor Jesús en mi cuerpo*? Cosas son éstas maravillosas, pero no desusadas en las leyes del amor; mas oír decir á Dios: herido estoy, y herido en el corazón, y que le hiere su criatura, y no más que con un simple mirar, esto pasma, esto saca de juicio á quien atentamente lo mira y considera.

